

# Pobreza e inseguridad alimentaria en América Latina

Salvador Arias Peñate \*  
María Concepción Orozco\*\*

## Resumen

*El modelo de sustitución de importaciones se caracterizó por ser excluyente y ello explica los niveles de pobreza al finalizar la década de los setenta. En la década de los ochenta, se hicieron nuevos planteamientos de estrategia y política económica. El balance a principio de los noventa arroja la profundización de la pobreza y de la inseguridad alimentaria. ¿Cómo y por qué se ha llegado a estos extremos en América Latina? ¿Qué alternativas existen para aliviar la pobreza y garantizar la seguridad alimentaria en el futuro próximo?*

### 1. Autosuficiencia y seguridad alimentaria: definiciones

A pesar que casi todos los organismos regionales e internacionales de América Latina han elaborado políticas y estrategias sobre el tema, y que la posición más generalizada es que se deben proponer políticas para garantizar la seguridad alimentaria, la autosuficiencia alimentaria no se contempla como un objetivo de la propia política alimentaria, ya que ésta no se considera —dentro de tales enfoques— viable ni conveniente para muchos países en desarrollo.

Si bien, en forma explícita, por ejemplo, la

FAO señala que “el objetivo final de la *seguridad alimentaria mundial* es asegurar que todas las personas tengan, en todo momento, acceso físico y económico a los alimentos básicos que necesitan... La seguridad alimentaria debe tener tres propósitos específicos: *asegurar la producción alimentaria adecuada, conseguir la máxima estabilidad en el flujo de tales alimentos y garantizar el acceso a los alimentos disponibles por parte de quienes los necesitan*”, la desnutrición es una expresión de inequidad en los derechos de acceso alimentario (FAO, 11, A.III, p. 38-39).

Así, en el amplio debate sobre la seguridad

\* Salvadoreño, doctor en economía.

\*\* Mexicana, licenciada en economía.

**Seguridad alimentaria quiere decir asegurar la producción alimentaria adecuada, conseguir la máxima estabilidad en el flujo de tales alimentos y garantizar el acceso a los alimentos disponibles.**

alimentaria se discute si este concepto es sinónimo de autosuficiencia. Algunos privilegian el enfoque tradicional sobre las ventajas comparativas; otros hacen énfasis en los beneficios sociales y políticos derivados de la soberanía y la autonomía que da la autosuficiencia. En resumen, encontramos una combinación de ambos; mientras que, en general, los países desarrollados se han orientado en forma clara y definida hacia el autoabastecimiento (Arias, 1, p. 21-34).

De esta cuenta, la *seguridad alimentaria* se define como la capacidad de los países para asegurar a la población un abastecimiento suficiente de alimentos para su consumo. Estos alimentos pueden ser producidos en el país o importados en parte o totalmente, como sucede, por ejemplo, en los Emiratos Arabes del golfo que, sin tener agricultura, han resuelto su seguridad alimentaria gracias a la disponibilidad que tienen de divisas provenientes del petróleo. Al contrario, la *autosuficiencia en alimentos* de un país supone que una parte sustancial de los mismos sea producida en él (supongamos un 90 por ciento) y que sólo una parte pequeña sea importada.

En esta discusión, la autosuficiencia alimentaria, como menciona la FAO, se restringe al reducido ámbito de los circuitos de autosuficiencia campesina. Esto quiere decir que sólo en los sistemas campesinos con lógica productiva de autosuficiencia, es decir, no integrados a la economía de mercado, puede identificarse la política agrícola con la política alimentaria (FAO, 11, A.III, p. 2).

En consecuencia con lo anterior, para superar la crisis actual y atender el problema alimentario, proponen la diversificación de las exportaciones agropecuarias como medio para redinamizar la agricultura y para garantizar la solvencia financiera necesaria, capaz de complementar la producción nacional de alimentos con importaciones de los mismos. Esta manera de enfocar la seguridad alimentaria fomenta, de hecho, la *profundización*

*de la política agroexportadora tradicional*; ya que este sector, en mayor medida que el sector productor de alimentos, continuaría siendo privilegiado, en cuanto a captación de los recursos productivos orientados a la agricultura en general, para desarrollar y diversificar la estructura agroexportadora. Se proseguiría con la política de exportación de materias primas agrícolas o productos de mesa, es decir, con una visión primaria de la agricultura.

En este trabajo sugerimos una visión alternativa, a partir de dos supuestos básicos fundamentales: el *carácter endógeno de la producción alimentaria* y la necesidad de que *la seguridad alimentaria esté sustentada en un sistema agroalimentario*. El marco de la seguridad alimentaria no se debe restringir solamente, como estrategia-objetivo, a garantizar un abastecimiento adecuado de la demanda presente (la cual es expresión de la inequitativa distribución del ingreso, en el caso de los países latinoamericanos), sino que debe buscar, en primer lugar, resolver el problema alimentario básico de la población, atendiendo incluso a sus diferentes grados de desnutrición y, en segundo lugar, atender tanto los problemas de calidad o aspectos morfológicos de los alimentos, como el sostenimiento de los niveles nutricionales de la población sin problemas nutricionales, lo cual no implica diferente periodización.

Así, el concepto de seguridad alimentaria se enmarca en una estrategia que busca resolver primordialmente los problemas del hambre, significa solucionar las dificultades de acceso a la producción (que en una economía de mercado implica tomar decisiones estratégicas sobre el grave problema de la distribución del ingreso), en otras palabras, buscar los mecanismos para que la población tenga un ingreso adecuado, por lo menos, para satisfacer sus necesidades mínimas. Asimismo, este concepto demanda simultáneamente, para los países predominantemente agrícolas, o sea, en donde de manera importante o prioritaria la base de su riqueza y de su capacidad para producir va-

lor agregado está en la agricultura, *una estrategia de autosuficiencia*.

Esto es más cierto en el caso de América Latina, en países como Brasil, México, Perú, Colombia, etc., y en las subregiones como el istmo centroamericano donde, a partir de la existencia de un gran minifundio y de pequeños productores, la aplicación de políticas que buscan el abastecimiento en base al principio de los precios relativos, en el contexto mundial, puede llevar al sector campesino a un mayor proceso de marginación y de desempleo abierto, y que, a la postre, significaría la agudización del hambre en el 42 por ciento de la población rural que representa ese sector (FAO, 11, A.II, p. 53). Por esto, para América Latina, la *autosuficiencia alimentaria*, deviene una condición *sine qua non*. Empero, no hay que olvidar que la autosuficiencia a los niveles de mercado, definidos por la actual estructura del ingreso, bajo ningún aspecto puede significar una política de seguridad alimentaria.

Conviene aquí afirmar que *la seguridad y la autosuficiencia alimentaria son objetivos necesariamente complementarios*. Además, esta concepción puede ser potencialmente viable para América Latina y para las subregiones, como Centroamérica y Panamá, aunque no para algunos países, si los consideramos aisladamente (dado los recursos naturales y humanos existentes). Esto requiere, de manera apremiante, una política nacional y regional que busque, entre sus principales objetivos, modificar las limitaciones estructurales de los productores campesinos, para que puedan tener acceso a mayores recursos —tierra, insumos, financiamiento, etc.—, que les permitan lograr un desarrollo tecnológico superior, superando así las limitaciones actuales de la generación de excedentes y acumulación. Esto, a su vez, facilitará introducirlos en una estrategia de diversificación productiva estable y, por lo tanto, acceder finalmente a la satisfacción de sus necesidades.

Pero, para llegar a una autosuficiencia alimentaria, se requiere dar un paso más. El problema no se puede reducir a la sola producción de los alimentos básicos o del sector primario. América Latina debe ingresar decididamente en la *industrialización de su agricultura*. La transformación



agroindustrial, dados los avances biotecnológicos en las áreas de la ingeniería genética, de los microorganismos en general, y de las enzimas en particular, y el progreso registrado en los biodigestores, no puede ser restringida al producto principal de la cadena productiva.

Supongamos la sacarosa, en el caso de la caña de azúcar. La industrialización de este cultivo debe abarcar, además, todos los subproductos, por ejemplo, la melaza, la cachaza, las vinazas y el material verde. Esto conduce a la transformación del concepto mismo de agroindustria, dado que nos referimos a procesos industriales que cubren un rango muy amplio, desde simples procesos de fermentación hasta los de transformación de cuarto y quinto nivel.

Esta industrialización podría incluir la producción de alimentos (calóricos y protéicos), a partir de la transformación de los productos agrícolas denominados básicos y de los productos tradicionales de agroexportación (así como los subproductos de todos ellos). En este marco se rompen las grandes especializaciones de las cadenas producti-

vas agrícolas, creando todas ellas una red alimentaria, interconectada transversalmente, y sistemas productivos de carácter polivalente, lo cual sustentaría la introducción de ventajas comparativas dinámicas en la agricultura latinoamericana.

De ahí que el concepto de *sistema agroalimentario* sea amplio y complejo, comprendiendo desde la transformación de la producción agrícola, pecuaria y forestal y la organización de sus servicios hasta la industrialización de la biomasa y el desarrollo de los mecanismos que conviertan este sistema en uno competitivo y dinámico, en los espacios nacional, regional e internacional, abarcando además, la comercialización a lo largo de la cadena hasta alcanzar el mercado final.

De esto se desprende que la seguridad y la autosuficiencia alimentarias están más allá de la realización de políticas agrícolas tradicionales, restringidas a los mecanismos de precios y servicios, insertándose en la necesidad de transformaciones estructurales que den contenido a una nueva forma de desarrollo en América Latina. En este desarrollo, el sistema agroalimentario, en un marco de seguridad y autosuficiencia alimentarias, se puede convertir en uno de los ejes dinamizadores de la economía y del desarrollo de toda la región.

Entiéndase bien, esta concepción de autosuficiencia *no implica el establecimiento de una economía cerrada y autárquica, ni tampoco la minusvaloración de las agroexportaciones*. Por el contrario, el carácter abierto de la estructura productiva agrícola y de la economía en general, exigen a los países de la región generar una cantidad determinada de divisas para poder funcionar como tales. Para lograrlo, es necesario buscar una reinserción más favorable en el mercado internacional.

La diferencia con las visiones restringidas de una seguridad alimentaria sin autosuficiencia nacional (o regional) reside en que la estrategia que aquí proponemos supone una estructura productiva endógena, más articulada en sí misma, que pueda permitir una reinserción en la economía mundial distinta y, como ya se dijo, con un carácter dinámico. Se complementarían así las exportaciones tradicionales de materias primas y productos de

mesa con bajo valor agregado, con las de bienes industrializados, mediante procesos de transformación técnicamente avanzados, de las materias primas agrícolas y de la biomasa, en general, de la región.

El carácter endógeno de la producción alimentaria constituye un principio fundamental que debe guiar el desarrollo de la agricultura en general. Esto implica que, dentro de la asignación de recursos a la producción agrícola, la parte destinada al sistema agroalimentario de alimentos básicos debe ser significativa. En este marco, los alimentos básicos dejarían de considerarse como bienes no transables y se volverían competitivos y dinámicos en el contexto de los mercados nacional, regional y extrarregional, por lo tanto, todos los bienes del sector agrícola tendrían la característica de transabilidad.

Finalmente, la transformación de los pequeños y medianos productores de alimentos en agentes económicos dinámicos, en un contexto en que sean capaces de generar excedentes y acumularlos para el desarrollo de sus capacidades productivas, es un factor *sine qua non* para cualquier estrategia de desarrollo que tenga la seguridad alimentaria como un objetivo básico.

## 2. La situación de inseguridad alimentaria en América Latina

### 2.1. Un marco global

Durante la década de 1980 casi todos los países de América Latina sufrieron las consecuencias de los desequilibrios del mercado capitalista internacional y de sus propios límites internos estructurales para continuar con un crecimiento sostenido. Fue una década de profunda crisis económica y de recesión, que ha trascendido el ámbito económico para transformarse en un problema social de primera magnitud, donde la pobreza y la indigencia de grandes contingentes de la población latinoamericana son sólo una de sus graves manifestaciones.

La participación del sector agrícola en el crecimiento de la región latinoamericana ha disminuido entre 1960 y 1985, pasando del 18 al 12 por cien-

to. De igual manera, el aporte en divisas disminuyó del 52 al 31 por ciento. No obstante, en su conjunto, los ingresos por actividades primarias siguen siendo los más importantes, representando el 77 por ciento, en 1985, lo cual refleja la vocación productivo-exportadora de la región (FAO, 11, A.IV, p. 16).

En el análisis por países se pueden distinguir tres situaciones: (a) países que tienen una participación sostenidamente alta en el total de las exportaciones (Paraguay, Cuba, Nicaragua, Argentina, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Honduras, El Salvador, Rep. Dominicana y Uruguay); (b) escasa participación en el total exportado (Venezuela, Bolivia y Chile); (c) las exportaciones agrícolas han disminuido de niveles altos y muy altos, en los años sesenta, a moderados y bajos, en los años ochenta (Ecuador, México y Brasil) (Chibaro, 8, p. 4).

A partir de la década de los sesenta, América Latina desarrolló de manera consciente, una política de autosuficiencia alimentaria, apoyada básicamente en los resultados e introducción de la "revolución verde"<sup>1</sup> y en el marco de las políticas desarrollistas. Esta política fue introduciendo importantes modificaciones en la estructura productiva alimentaria, principalmente en cuanto a la sustitución del maíz por el trigo, el arroz y el sorgo, por el avance del modelo de soya norteamericano y la ganaderización de la región centroamericana, de México y de Brasil, entre otros.

Sin embargo, la política de autosuficiencia de este período no se encontraba dentro de una estrategia de seguridad alimentaria. Por lo que, ya a mediados la década de los ochenta, el ancestral flagelo de la desnutrición se convirtió en un problema grave para todos los países de la región. En 1980, incluso en países con grandes recursos y procesos de industrialización importantes como México y Brasil, el 25.5 y 24.2 por ciento de la población respectivamente, presentaba una ingesta inferior al 1.4 TMB. En este rango también se encontraba Colombia, con el 24.8 por ciento de su población<sup>2</sup>. De los países seleccionados, Guatemala y Perú presentan la situación más grave de desnutrición con el 38.7 y 40.5 por ciento de su

población respectivamente. A nivel de toda América Latina, para el período 1983-1985, se estimaba que 55.3 millones de personas estaban subnutridas y 59.3 millones eran anémicas (FAO, 13, p. 30).

La medición de los grados de inseguridad o de seguridad alimentaria que presenta la población de los diferentes países, se calcula en distintos niveles y por el promedio de los consumos de calorías y proteínas. El nivel más agregado y general es el consumo per cápita. Para el caso de las calorías, según la FAO, América Latina presentó un consumo promedio de 2,732 kcal diarias, que se sitúa muy por arriba de los mínimos recomendados para los diferentes países de este continente (13, p. 20 y 16, p. 31). Pero, si comparamos el consumo de América Latina con el de los países desarrollados, ésta tuvo un consumo inferior en casi el 20 por ciento y, en relación a Estados Unidos, el 25 por ciento. Por otro lado, el consumo promedio en calorías de los países en desarrollo fue inferior en casi el 11 por ciento al consumo latinoamericano.

En efecto, desde finales de los sesenta, América Latina muestra un crecimiento constante en la disponibilidad de calorías. Así, en el período 1969-1971 y 1979-1981, ésta creció el 0.7 por ciento, en promedio anual, pero en el período 1979-1981 y 1986-1988, perdió impulso al descender en el 0.3 por ciento.

En cuanto a las proteínas, la región en su conjunto presenta un consumo diario por persona de 68.6 gramos, 35 por ciento inferior al consumo de Estados Unidos, la antigua Unión Soviética y los países del este europeo y 32 por ciento inferior al de Europa occidental. El consumo de proteínas, al igual que en el caso de las calorías, creció de modo constante entre 1969-1971 hasta 1979-1981, en casi todos los países de la región. Igualmente, esta tendencia se revirtió en un número importante de países en la década de los ochenta. Los consumos promedio diarios en el caso de Cuba, República Dominicana, Argentina, Chile, Paraguay, Venezuela y Honduras se redujeron sustancialmente en el período 1979-1981 y 1986-1988.

El lento crecimiento en la disponibilidad de calorías y el descenso en las proteínas obedecen a

una desaceleración en la tasa de crecimiento de la producción de alimentos, en la primera mitad de la década, y a una disminución de ésta en la segunda mitad. La producción de alimentos por persona

apenas creció el 10 por ciento entre 1979-1981 y 1985-1987. Presentando una caída clara en todos los países entre 1985-1987 y 1987-1989 (Ver Cuadro 1).

**Cuadro 1**  
**Indices de producción, exportación e importación por persona en América Latina**

Países	Variación Acum.		Indices				
	PIB por habte. 1981-1990	Rel. términos de intercambio 1981-1990	Prod. agric. tot. p/ persona 1987-1989	Prod. alm. p/ persona 1987-1989 1979-81=100	Export agric. 1986-1988	Import. sector agroaliment. 1989 1980=100	Importac. alimentos 1989
	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)
Cuba	31.6	n.d.	107	106	89	103	94
Rep. Dominicana	-2.2	3.6	91	94	117	112	139
México	-8.4	-33.1	97	98	75	86	118
Argentina	-24.3	-24.4	91	91	56	36	33
Bolivia	-23.3	-8.8	101	102	88	57	49
Brasil	-5.5	-12.9	112	115	69	67	66
Chile	9.2	-13.4	106	107	29	55	26
Colombia	16.2	-11.9	98	102	81	78	60
Ecuador	-4.6	-32.6	106	106	82	126	103
Paraguay	0.4	22.5	118	115	57	64	19
Perú	-30.2	1.7	99	101	121	95	69
Uruguay	-6.7	0.8	108	106	61	78	60
Venezuela	-19.9	-28.4	89	88	68	55	47
<b>Centroamérica</b>	<b>-17.2</b>	<b>-5.3</b>					
Costa Rica	-5.1	-16.2	93	89	89	80	109
El Salvador	-15.3	-44.8	69	90	74	252	66
Guatemala	-18	-23.1	94	103	90	86	89
Honduras	-14.2	-18.8	87	88	55	61	80
Nicaragua	-40.8	-17.8	59	63	85	94	75
Panamá	-18.3	32.3	94	92	99	119	134
<b>Total América Latina</b>	<b>-9.6</b>	<b>-20.6</b>					

*Fuente:* Columnas 1 y 2 de Rosenthal, cuadros 1 y 2 (26); columnas 3, 4 y 5, FAO (16); cuadros 13 y 16; columnas 6 y 7, FAO, Anuario (10).

Este comportamiento de la producción y de la disponibilidad de alimentos es resultado de múltiples elementos, uno de los más importantes es la profunda transformación de la estructura productiva en la década de los setenta, basada en un intensivo proceso de sustitución y desplazamiento de los principales cereales tradicionales para consu-

mo directo (maíz, trigo) por la producción de oleaginosas, forrajes para ganado y cultivos rentables no tradicionales para el mercado externo (sorgo, soya, cultivos forrajeros)<sup>3</sup>, aspecto que deteriora sustancialmente la situación alimentaria de la región y que luego se profundizará en gran medida por la política económica dominante durante

la década de los ochenta. En esta década se abandona el principio de autosuficiencia alimentaria de las décadas anteriores y se sustituye por la teoría de las ventajas comparativas, medida a partir de los precios internacionales y de los costos locales de producción.

La transformación que ocurrida en los cultivos básicos, sobre todo en el trigo y el maíz, llevó a que América Latina pasara de ser la mayor exportadora de cereales en la preguerra a una importadora neta de los mismos, con la única excepción de Argentina. Incluso países que fueron importantes exportadores netos pasaron a la categoría de importadores netos como México y Perú.

Adicionalmente, otro factor explicativo del comportamiento de la disponibilidad de alimentos es la disminución en el índice del volumen físico de las importaciones de alimentos a lo largo de toda la década, que de esta forma buscó enfrentar la crisis y servir la cada vez más abultada deuda externa. Así, los volúmenes importados en 1989 fueron el 21 por ciento inferiores a los importados en 1980 (FAO, 17, p. 200).

En contraste, en los diecinueve países seleccionados, las importaciones en valor de alimentos y animales pasaron de 5.9 a 7.6 miles de millones de dólares, entre 1985 y 1989. En México, las importaciones oscilaron de 1.3 a 2.8 miles de millones de dólares en el mismo período mencionado. Mientras que para Brasil éstas fueron de 1.1 a 1.4 miles de millones de dólares, respectivamente. En el caso de la región centroamericana, en 1985, se destinó el 17.4 por ciento de las divisas generadas por la agroexportación para cubrir las importaciones. En 1989, este índice creció hasta el 21.3 por ciento (FAO, 10).

La evolución de la oferta alimentaria se explica a la par que la dinámica de crecimiento de los volúmenes exportados de bienes agrícolas, pesqueros y forestales<sup>4</sup>. Así, los volúmenes de productos agrícolas que se exportaron en 1989 fueron superiores en el 21 por ciento a los de 1980. Los productos forestales crecieron el 51 por ciento en el mismo pe-

ríodo. La exportación de alimentos experimentó un incremento constante hasta 1985, cuando el volumen exportado representó el 36 por ciento más del de 1980. En la segunda mitad de la década de los ochenta, esta tendencia se revirtió y en 1989 alcanzó el volumen exportado en 1979.

La expansión del volumen de la oferta agrícola exportable es, en gran medida, resultado de las políticas de ajuste estructural que durante la década se han impulsado en la región. Una política que promueve la diversificación de las exportaciones, que se incrementa por la introducción de los llamados productos no tradicionales de exportación.

No obstante, que esta política de diversificación ha tenido efectos en países como Colombia, Costa Rica y Chile, la mayor parte de los volúmenes exportados están constituidos por productos forestales cuyo volumen creció el 58 por ciento, entre 1980 y 1989. Mientras tanto, en el mismo período, los productos agrícolas aumentaron su volumen el 13 por ciento (dentro de ellos, los forrajes constituyeron el rubro más dinámico). Esto significa que el incremento del volumen de las exportaciones, es decir, la exportación de productos forestales y forrajes, más que ser resultado de la política de diversificación es una consecuencia de la política que incentivó la producción comercial en el período 1960-1970, cuando se dio inicio a los programas de reforestación y a la sustitución de los productos básicos por los forrajeros.



En términos generales, es importante destacar que las exportaciones agrícolas de América Latina se reducen a sólo diez productos, los cuales generan más del 60 por ciento de las exportaciones agrícolas de toda la región (café, azúcar, semillas oleaginosas, aceites vegetales, carne, algodón, trigo, banano, maíz y tabaco), mientras que las importaciones se encuentran aún más concentradas, pues los cereales, las oleaginosas, los lácteos y las carnes representaron, entre 1981-1985, el 80 por ciento de las importaciones de alimentos de la región.

Lo grave de esta situación es que son productos que la región produce y exporta a la vez y que, simultáneamente, forman parte de la dieta básica de la población. Esto evidencia la vocación exportadora de productos primarios y la creciente dependencia importadora de alimentos.

En términos de divisas por exportaciones, la política pregonada por los principales organismos internacionales, que la dirigen en la mayor parte de los países de la región, durante los ochenta, no ha sido tan exitosa, si paramos mientes en que el valor de las exportaciones agropecuarias presenta un estancamiento, con una ligera tendencia a descender entre 1980 y 1989. Mientras los volúmenes exportados crecieron el 21 por ciento, su valor decreció el 2 por ciento en el mismo período. Siendo que las exportaciones tradicionales de América Latina son fundamentales para la generación de divisas (para 1985 eran el 77 por ciento del total de las exportaciones de bienes, aunque hay diferencias en su composición con los países que exportan petróleo), la situación descrita anteriormente es mucho más grave de lo que puede parecer, en términos de poder financiar una estrategia de desarrollo.

Esta importante pérdida del esfuerzo y de los recursos productivos de la región, ha sido resultado sobre todo del deterioro de los precios de algunos de los principales rubros agropecuarios de exportación. Este es el caso del maíz (sobre todo para Argentina, el único gran exportador), del azúcar, de la soya y del aceite de soya, del café, del cacao y del algodón (CEPAL, 5, p. 25). De los rubros más importantes, solo el precio del banano y la carne presentan un incremento neto en la dé-

cada, pasando de 186 a 266 dólares por tonelada métrica, entre 1980 y 1988, en el primer caso, y de 2,514 a 2,936 dólares por tonelada métrica, en el segundo. El café, uno de los productos más importantes, experimentó una reducción de precio de casi el 27 por ciento, en el mismo período; un fenómeno similar ocurre con el azúcar, que experimentó una reducción de cerca del 29 por ciento entre los dos años mencionados.

Entre 1978 y 1988, de los 50 principales rubros agropecuarios que conformaron las exportaciones mundiales, sólo catorce experimentaron un incremento de precio en dólares por tonelada. En términos globales, para toda América Latina, mientras el costo de las importaciones (unidades/valor) creció el 3 por ciento, el poder adquisitivo de las exportaciones disminuyó el 23 por ciento, entre 1980 y 1989 (FAO, 16, p. 181-182 y 33-35). Asimismo, el valor de las exportaciones totales se estancó o bajó en 11 de los diecinueve países de la región. Este fenómeno no solo refleja una baja en los precios de las exportaciones a corto plazo, sino también cambios en la demanda, vía, por ejemplo, la sustitución de productos (caso del azúcar, del maíz etc.), lo cual nos "refleja mutaciones importantes en la estructura de dicha demanda" (CEPAL, 5, p. 24).

Esto explica por qué los términos de intercambio de la región en su conjunto se han deteriorado en un 20.6 por ciento, entre 1981 y 1989. Los países exportadores de petróleo son los que han sufrido, en conjunto, el mayor menoscabo, 28.1 por ciento en el mismo período. En particular, México, Ecuador y Venezuela han sido los más castigados con el 33.1, el 32.6 y el 28.4 por ciento, respectivamente. Asimismo, la alta dependencia de países como El Salvador de las exportaciones de café y azúcar hizo que sus términos de intercambio de bienes se deterioraran el 44.8 por ciento (ver el Cuadro 1).

De este modo, los objetivos en términos de política (disminución de los subsidios, las leyes, la liberalización del mercado internacional, etc.), utilizados para incrementar las exportaciones durante la década pasada, fueron neutralizados por el comportamiento de los precios mundiales de los rubros agropecuarios exportados por la región y por el

petróleo. Este resultado significó que la teoría neoliberal del libre mercado y su correspondiente visión de la seguridad alimentaria, sustentada en las divisas generadas por las exportaciones, como mecanismo complementario a la producción interna, fue equívoca, al deteriorarse la capacidad de compra de las exportaciones, en la medida en que los mayores volúmenes de las exportaciones agropecuarias no significaron como contraparte un incremento proporcional en los volúmenes físicos de las importaciones de alimentos, aunque sí provocaron un estancamiento en los volúmenes producidos.

El caso más serio es el maíz, uno de los rubros básicos de consumo. Entre 1985 y 1989, su producción se redujo el 8.2 por ciento. La producción per cápita por año pasó de 132.7 kilogramos en 1980, a 113.6, en 1989. Incluso el sorgo, que desplazó en gran medida el cultivo del maíz, uno de los más dinámicos en toda la década del setenta, y básico en la producción de carne para la exportación, también presenta una reducción del 41.1 por ciento en su producción, en el último quinquenio de la década anterior (FAO, 16, 1990, p. 161).

América Latina subsidió el consumo de los países desarrollados, en la medida en que les envió más volúmenes de productos (recursos naturales y fuerza de trabajo) sin una correspondiente compensación económica. Esto se agudizó conforme las importaciones de los bienes agrícolas se encarecieron, como ya se argumentó. Este subsidio fue posible por la disminución de los recursos asignados al sistema alimentario, a la salud, a la educación, es decir, fueron los sectores de más bajos ingresos los que pagaron este esfuerzo fallido de exportación.

Por otra parte, la existencia de mecanismos de mercado que no corresponden a los planteamientos teóricos neoliberales impuestos a la región, sino que son resultado de estructuras oligopólicas y de intervención estatal en los países desarrollados, distorsionan aún más el mecanismo de valorización de la fuerza de trabajo de los países en de-

sarrollo. La crisis de la agricultura latinoamericana coexiste con el empuje de la agroindustria transnacional de alimentos y con un consumo crecientemente dependiente y distorsionador de productos importados.

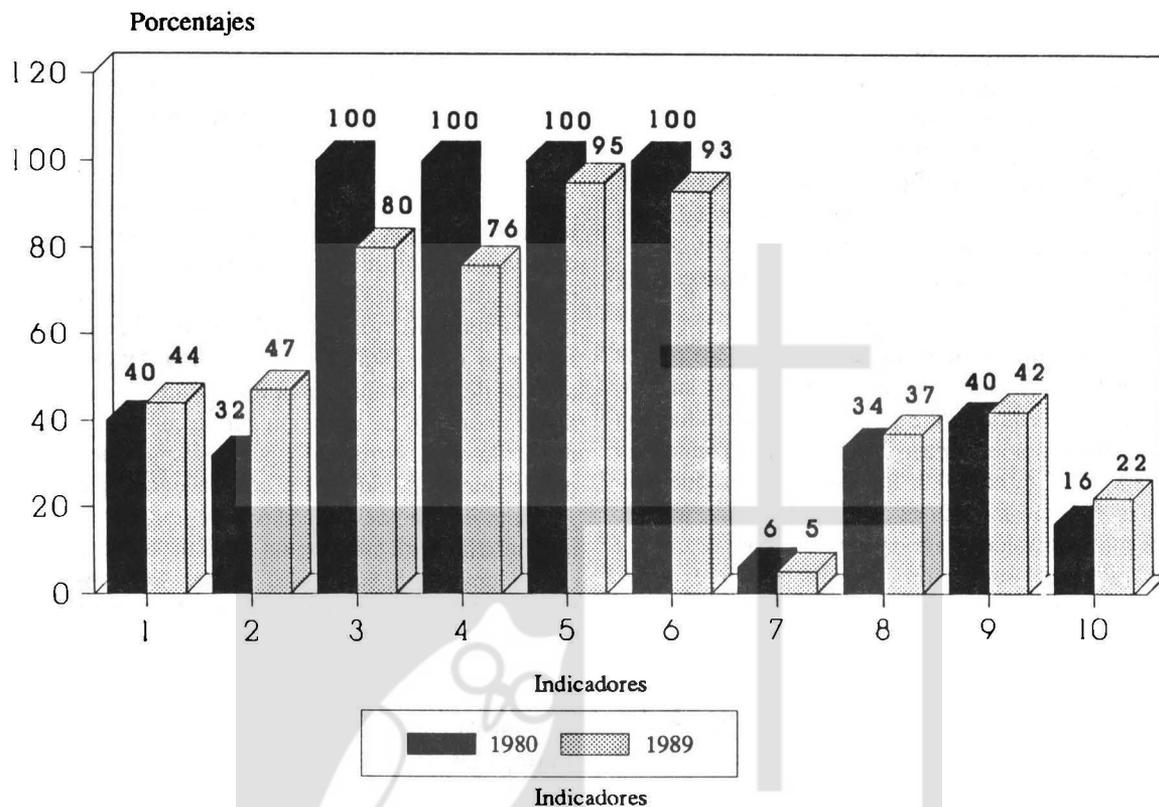
## 2.2. La pobreza y su incidencia en la situación alimentaria

El marco global desarrollado en la sección anterior, si bien nos permite tener una visión general de una situación alimentaria complicada, no permite introducir en detalle el escenario alimentario latinoamericano, resultado de la distribución del ingreso y del capital. De igual forma, tampoco da cuenta de las transformaciones que el sistema agroalimentario de la región sufrió como producto del estilo de desarrollo adoptado después de la segunda guerra mundial. En consecuencia, para lograr una interpretación más real de la problemática alimentaria, realizaremos un análisis breve de las condiciones de pobreza y su incidencia en los problemas alimentarios de la mayoría de la población latinoamericana.

A nivel de toda América Latina, el cuadro de la seguridad alimentaria era ya un problema grave a principios de la década anterior. En 1980 se estimaba la existencia de 136.4 millones de personas pobres (con un ingreso medio inferior al costo de la canasta básica) y 51.15 millones de indigentes (ingreso medio inferior al requerido para satisfacer las necesidades mínimas de alimentos)<sup>5</sup>. Más aún, se calcula que 55.3 millones de personas, en el período de 1983 a 1985, se encontraban desnutridas, es decir, su alimentación no les permitía un mínimo de salud. Sólo en el Perú, con cifras de 1978, el 40.5 por ciento de su población total presentaba un cuadro de desnutrición; en Guatemala (1979-1981), el 38.7 por ciento de la población; en Honduras (1982), el 41.3 por ciento; en México (1977), el 25.5 por ciento; en Colombia (1982), el 24.8 por ciento y en Brasil (1984), el 24.2 por ciento (ver el Gráfico 1).

**La seguridad y la autosuficiencia alimentaria son objetivos necesariamente complementarios.**

**Gráfico 1**  
**Indicadores de la extensión y profundización de la pobreza en América Latina**



1. Extensión de la pobreza
2. Intensidad de la pobreza
3. Salario medio agrícola
4. Salario medio urbano
5. Salario medio industrial

6. Salario medio de la construcción
7. Tasa de desempleo
8. Tasa de subempleo
9. Subutilización total de la F. T.
10. SIU/PEA

En el área rural, esta situación era aún más grave que los promedios globales, dado que se estimaba que el 69 por ciento de la población era pobre y el 37 por ciento indigente, lo que permite concluir que esta población confrontaba de manera más agudizada una situación de desnutrición. En ocho países latinoamericanos, esta situación es aún más grave: Haití, en el área rural, presentaba un índice de pobreza del 95 por ciento y de indigencia del 84 por ciento. Le seguía Bolivia con índices del 86 y 74 por ciento, respectivamente, y Guatemala con el 84 y 52 por ciento, respectivamente (FAO, 11, A.III, p. 5-16 y FAO, 13, p. 30).

Más aún, Brasil, en el mismo año de 1980, no obstante sus inmensas riquezas y el elevado nivel de desarrollo de sus capacidades de producción, y con un sistema agroalimentario exportador moderno, presenta unos índices de pobreza e indigencia del 73 y 43 por ciento, respectivamente, en su población rural. En México, el fenómeno era menos grave; no obstante sus más de 5 millones de hectáreas con infraestructura de riego y drenaje, tenía un índice del 68 por ciento de pobreza rural y del 26 por ciento de indigencia. En el caso de Centroamérica, con la excepción de Costa Rica, los índices son igualmente de una dimensión alar-

mante en el área rural.

En 1989, los niveles de pobreza por país se presentan de manera más crítica en Honduras, Guatemala, Perú y Chile, con porcentajes de pobreza del 69, 68, 52 y 49 del total de la población. En quinto y sexto lugar están El Salvador y Brasil con el 42 y 40 por ciento, respectivamente.

En otra información de la FAO, se puede establecer una primera aproximación a los diferentes niveles de consumo de la población por nivel de ingreso. Este análisis parte de un estudio realizado en 1978. En el mismo se establece que la población rural pobre, que se calcula en el 26 por ciento de la población total, consumía 1,800 kilocalorías y los urbanos pobres, 22 por ciento de la población, 1,650 kilocalorías diarias. Esto implicaba que el 46 por ciento de la población tenía una ingesta calórica inferior a los requerimientos mínimos establecidos en los 33 países latinoamericanos, de los cuales Nicaragua y Belice tenían el nivel inferior de 1,993 kilocalorías diarias. En contraste, el 20 por ciento de la población tenía un consumo entre 3,300 y 3,700 kilocalorías (FAO, 11, A.III, p. 22).

Una investigación sobre Centroamérica estableció la distribución del consumo de los principales rubros alimenticios en base a la distribución del ingreso, reflejando una estructura de consumo totalmente desigual. Así, en los casos del maíz, frijol y arroz, el 50 por ciento de la población más pobre consumía alrededor del 37 por ciento de los dos primeros rubros, y el 34 por ciento del último (recordemos que estos alimentos son la fuente principal de calorías y proteínas de este sector de la sociedad centroamericana). El caso extremo de una distribución desigual, se da en el consumo de leche. En efecto, este último sector consume apenas el 22.4 por ciento del consumo total, mientras que el sector de ingresos más altos, el 5 por ciento de la población, consumía el 22.4 por ciento (Arias, 1, p. 149).

Para concluir con este somero análisis de los niveles de incidencia de la distribución del ingreso en las condiciones alimentarias, analicemos el Cuadro 2, donde se establece que, en los doce países analizados, la estructura de consumo tanto de

energía (calorías) como de proteínas está concentrada en los niveles de más altos ingresos. Mientras que, por otro lado, el 50 por ciento de los sectores de ingresos bajos consume por debajo de los mínimos recomendados de calorías y proteínas. En consecuencia, los grados de desnutrición son diferentes. Sin duda alguna, las condiciones más graves de subconsumo de proteínas, en la dieta de los sectores de ingresos más bajos se encuentran, por orden de importancia, en México, Guatemala, Honduras, Brasil, Nicaragua y Chile.

A lo largo de la década de los ochenta, la situación de la pobreza, de por sí ya grave, se ha profundizado. Los sectores pobres se han ampliado y se han hecho aún más pobres. En 1990, se estima que los pobres de América Latina alcanzaban casi 198 millones (el 44 por ciento de la población) y los indigentes, 77 millones de personas. En esta crisis, los sectores urbanos pobres e indigentes han crecido de manera alarmante. Así, los primeros se estiman en 100.8 millones, 87 por ciento más que los que se calculaba en 1980; y los segundos, en 39 millones, 100 por ciento más que los de 1980.

De lo anterior, puede concluirse que este sector es el que más ha sufrido los efectos de la política neoliberal, es decir, son quienes han pagado la política de subsidios a la exportación y el costo de la deuda externa. Esto se refleja, por otra parte, en el crecimiento alarmante del llamado sector informal urbano, el cual creció en catorce de los dieciocho países estudiados por PREALC en 1989. En Bolivia, el 58 por ciento de la PEA urbana se clasificaba como informal; en segundo y tercer lugar de importancia estaban Guatemala y Honduras con el 54 y el 47 por ciento respectivamente (PREALC, 23, p. 38). El país donde más se incrementó este sector es México, ya que el sector informal urbano significó el 35 por ciento de la PEA en 1989, en relación al 23 por ciento en 1980 (ver Gráfico 1).

### **2.3. Cómo explicar la profundización de la pobreza en América Latina**

La crisis económica, llamada por algunos la "década perdida de América Latina" de los ochenta es, en gran medida, producto de la ruptura del

**Cuadro 2**  
**Ingesta energética diaria y origen de la energía y de las proteínas por niveles de ingreso en América Latina**

Países	Energía por día			Porcentaje de energía derivada de los cereales			Porcentaje de proteínas de origen pecuario		
	Alto	Medio	Bajo	Alto	Medio	Bajo	Alto	Medio	Bajo
México	2335	2119	1465	38.4	60.8	54.9	50.4	22.0	18.9
Bolivia	3621	—	1971	19.4	—	46.3	75.8	—	38.9
Brasil	2446	2137	1836	33.2	35.1	30.8	54.6	38.7	24.3
Chile	3186	2328	1629	36.1	44.0	57.0	50.6	41.4	27.3
Colombia	3119	2751	1904	24.7	29.4	35.2	49.3	43.8	32.9
Ecuador	2449	2222	1598	21.4	26.6	26.0	42.5	32.0	31.7
Perú	2218	2175	1939	39.4	38.7	45.9	53.5	46.3	37.0
<b>Centroamérica</b>									
Costa Rica	4112	2633	1991	34.1	40.8	39.7	54.2	42.7	37.3
El Salvador	3695	2288	1345	41.0	56.6	62.2	47.1	24.2	20.3
Guatemala	4234	2362	1326	43.1	66.5	67.0	51.2	20.0	15.3
Honduras	4590	2661	1465	38.4	60.8	54.9	50.4	22.0	18.9
Nicaragua	3931	2703	1767	38.3	51.2	47.8	43.4	31.0	26.8

*Fuente:* Elaborado por la FAO, según datos de encuestas de consumo y presupuesto familiar y según estudios de casos del Taller sobre análisis y diseño de la política económica en el sector agroalimentario, Lima, agosto de 1985; CEPAL, Cuadernos Estadísticos de la CEPAL, No. 8, Santiago de Chile, 1984. En: *Sistemas alimentarios y seguridad alimentaria*, FAO, Anexo III. Cuadro 4, p. 17.

modelo de desarrollo implementado desde la postguerra y de las profundas transformaciones del capitalismo mundial. Además de enfrentar el aumento desproporcionado de la pobreza y del grave deterioro acumulativo del nivel de vida, como se señaló anteriormente, sufre las consecuencias del estancamiento y la inflación, aunada a la desinversión negativa en su matriz agroexportadora. La combinación de la crisis de los sectores agroexportador y petrolero hace que la región continúe después de grandes esfuerzos sin ninguna perspectiva real para superar la crisis más severa de la postguerra.

Estos fenómenos han sido empeorados por el endeudamiento desmedido y suntuario que las estructuras de poder, regionales e internacionales, imponen a los pueblos latinoamericanos y por las exigencias de su pago; lo cual, a su vez, se ha profundizado con el encarecimiento del dinero a nivel internacional, principalmente del dólar, hasta finales de la década pasada, y con las restricciones

de financiamiento.

La respuesta a esta crisis, resultado de las presiones de los organismos financieros internacionales y de una excesiva ideologización del quehacer de la economía, se centró primero en una política de estabilización de tipo contractivo y, posteriormente, en una política de ajuste estructural. En realidad, todo esto ha implicado que las economías latinoamericanas, de manera asimétrica con las economías de los países desarrollados, profundicen la apertura de sus economías y desarticulen la política económica que daba soporte a la estructura industrial y alimentaria. Esta última se ha visto rápidamente deteriorada y disminuida, ante un marco de competencia totalmente desleal con las empresas de las economías desarrolladas.

### 2.3.1. El comportamiento del PIB

El dinamismo económico cayó o se desaceleró en numerosos países de la región latinoamericana que, en su conjunto, presentaron una tasa de creci-

## La pregunta final es si hay una alternativa diferente para la región.

miento de apenas el 1.2 por ciento, entre 1980 y 1990. Asimismo, tuvo un crecimiento acumulado de sólo el 12.4 por ciento en el PIB entre 1981 y 1990. Los países con mayor dinamismo en su crecimiento económico fueron Cuba, Colombia, Paraguay, Chile y Costa Rica con tasas del 44.2, 42.4, 36.4, 29.0 y 25.4 por ciento respectivamente (ver el Cuadro 1).

En consecuencia, el aumento de la producción por habitante en 1990 con respecto de 1980 mostró una caída del -9.6 por ciento acumulado. Los países que presentan mayor deterioro en este último índice son Nicaragua, Perú, Argentina y Bolivia con índices del -40.8, -30.2, -24.3, -23.3 respectivamente. Por lo tanto, es evidente que la región no ha logrado salir de la crisis. Este indicador se ha deteriorado notoriamente a partir de 1988, después de un ligero repunte en los cuatro años anteriores. Así, en 1990, el PIB cayó en -0.5 y el per cápita lo hizo en el -2.6. En ese año, Argentina, Nicaragua, Perú, Brasil, Honduras y República Dominicana mostraron tasas negativas de crecimiento. El crecimiento se desaceleró en Bolivia, Chile, Guatemala, México, Paraguay y Costa Rica; mientras que las economías de Cuba, Panamá y Uruguay estaban prácticamente estancadas. El negativo crecimiento de la región ha sido contrarrestado por los países exportadores de petróleo como Colombia, Ecuador y Venezuela, pero que también presentan un cuadro recesivo (Rosenthal, 27, p. 286-287).

### 2.3.2. El comportamiento del empleo

La caída del PIB se expresa directamente en un deterioro del empleo en la región. La tasa de subutilización total de la fuerza de trabajo fue del 42 por ciento en 1989; tasa que en 1980 era del 38 por ciento. A nivel de desempleo abierto, este problema no se manifiesta. Aún más, se estima que éste se redujo en el período analizado, alcanzando el 5 por ciento en 1990. A nivel urbano, donde más se incrementa la pobreza, se estima que el desempleo abierto se redujo del 7 al 5 por ciento, entre 1980 y 1989 (ver el Gráfico 1).

Este comportamiento de las cifras se debe, según nuestro análisis, a que se introduce el sector informal urbano como una categoría más de ocupación, difrazando la verdadera gravedad del desempleo urbano, dado que se incorpora como empleo a gran parte de las actividades de *sobrevivencia* que desarrolla este sector. En 1980, el sector informal urbano absorbía el 16 por ciento de la PEA, tasa que pasó al 22 por ciento en 1989. Es más, en este último año, este sector ocupó al 31 por ciento de la PEA no agrícola. Esto hace que el subempleo y el desempleo urbano representasen el 70 por ciento del problema global del empleo de América Latina en 1989 (PREALC, 23, p. 20).

En algunos países, por ejemplo, en Guatemala, con cifras de 1989, la tasa de desempleo abierto fue del 2.2 por ciento, mientras que el sector informal urbano representaba el 54 por ciento de la PEA y tenía una tasa de pobreza del 69 por ciento de la población. En 1980, México tenía al 40.4 por ciento de la PEA subempleada, contribuyendo a ello el 23 por ciento del sector informal urbano. En 1989, este sector creció hasta el 35 por ciento. Si mantenemos constante el subempleo rural, en 1989, el subempleo total sería del 53.5 por ciento. En 1987 se calculaba que el 41 por ciento de la población total de México, uno de los países más ricos de América Latina, estaba en situación de pobreza y pobreza extrema (Robledo, 26, p. 21). Honduras presenta, por su parte, un desempleo abierto del 9.4 por ciento, con un sector informal urbano del 47 por ciento y un índice de pobreza del 69 por ciento de la población total. Brasil, país con un gran potencial y estructura productiva, tiene una tasa de desempleo del 3.3 por ciento, con el 29 por ciento de la PEA en el sector informal urbano y con un índice de pobreza del 40 por ciento de su población total (PREALC, 23, p. 65).

Como se puede apreciar en las cifras anteriores, el índice de desempleo abierto tiene escasa importancia en el análisis del problema del desempleo en América Latina, como resultado del encubrimiento provocado por el sector informal urbano, por el peso del subempleo y por los bajos

ingresos que esto implica, lo que constituye el verdadero problema, cuya gravedad no puede soslayarse. No obstante lo dicho anteriormente, queremos resaltar que Panamá presentaba en 1989 un alto desempleo abierto del 22 por ciento, lo que, en combinación con un sector informal urbano que absorbió el 32 por ciento de la PEA y el sector campesino que significó otro 22 por ciento de ésta, nos demuestra la alta situación de pobreza que se vive en ese país, pese a los signos aparentes de recuperación. Según PREALC, el 34 por ciento de la población vive en condiciones de pobreza, pero por los índices mencionados este porcentaje parece subestimado.

El agravamiento de la pobreza y el desempleo en el sector urbano, en la última década, tienen tres elementos fundamentales: la migración campo ciudad y la contracción de los sectores industrial y público. El coeficiente de industrialización de la región pasó del 24.6 por ciento, en 1980, al 23.2 por ciento, en 1988, nivel inferior al alcanzado en 1970; mientras en 1980, las empresas medianas y grandes daban empleo al 40 por ciento de la PEA urbana, en 1989 este índice se redujo al 30 por ciento. El tercer elemento de este problema es la contracción del sector público, el cual, en 1986, significó el 15 por ciento de la PEA urbana, mientras que en 1989 absorbió el 14 por ciento (PREALC, 23, p. 20).

### 2.3.3. La remuneración del trabajo

El deterioro drástico de los salarios, el incremento generalizado en los precios al consumo por los altos niveles de inflación, en combinación con la disminución de las oportunidades de empleo explican las rutas principales por donde la política neoliberal, concretada en las políticas de estabilización, ha golpeado a la mayoría de la población latinoamericana y ha incidido en el agravamiento de las condiciones de vida. Las altas tasas de incremento en los precios superaron, en general, los aumentos salariales. Los países con una inflación crónica durante la década han sido Argentina, Brasil, Nicaragua y Perú.

En el nivel más agregado tenemos que el fondo de salarios globales de la economía latinoamericana se redujo. Mientras que, en 1980, éste ab-

sorbió el 44 por ciento del PIB, en 1989, representó el 38 por ciento. Por su parte, los ingresos netos del capital mantuvieron su participación en el 53 por ciento. Las remesas netas al exterior pasaron del 3 al 9 por ciento del PIB en el mismo período. Todo lo anterior significa que el sector laboral pagó además los servicios de la deuda externa, que absorbieron el 6 por ciento del PIB en 1989, mientras que el deterioro de los términos de intercambio significaba, en ese año, la pérdida del 3 por ciento del PIB (PREALC, 23, p. 42; ver el Gráfico 2).

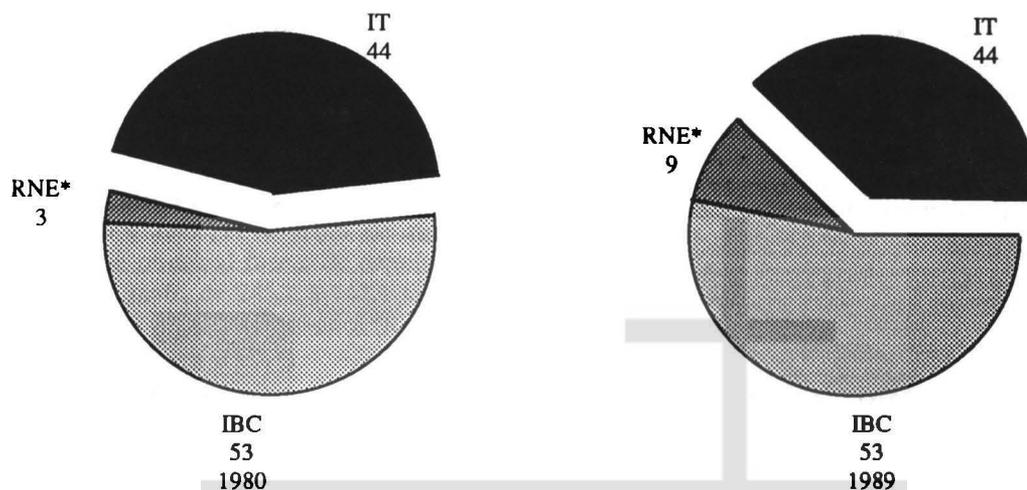
En 1989, los salarios mínimos de la agricultura, la industria manufacturera y la construcción representaron el 80, el 95 y el 93 por ciento respectivamente de los salarios de 1980. Los salarios mínimos urbanos, por su parte, tuvieron un deterioro del 24 por ciento, acumulado en el mismo período. Los países con mayor deterioro en los salarios mínimos reales, entre 1980 y 1989, fueron Perú (-77%), El Salvador (-64%), Bolivia (-63%), Ecuador (-56%) y México (-53%). En el sector industrial, Perú, México, Venezuela, Argentina y Brasil son los que presentan mayores variaciones acumuladas negativas en los salarios mínimos reales (-40, -38, -35, -25 y -21 por ciento respectivamente), en el mismo período (PREALC, 23, p. 32-41; ver el Gráfico 1).

De los países que se tiene información sólo Paraguay y Colombia presentan una mejoría en los salarios mínimos con tasas acumuladas del 37 y 10 por ciento y en los industriales del 10 y 18 por ciento. Costa Rica, por su parte, tuvo una variación acumulada del 10 por ciento en los salarios mínimos reales, pero experimentó un deterioro acumulado en los salarios industriales reales de -16 por ciento, en el mismo período.

### 2.3.4. El papel del sector público

La ideología neoliberal en América Latina ha impulsado la necesidad de reducir la presencia del Estado en el aparato productivo; asimismo ha promovido aplicar a los servicios y bienes que provee el Estado para su "desarrollo" el concepto de rentabilidad microeconómica, que define la teoría de la empresa privada (el precio debe ser igual al costo marginal). Entre las medidas tomadas, la reduc-

**Gráfico 2**  
**Distribución del Producto Interno Bruto en América Latina**



Fuente: PREALC. *Empleo y equidad. El desafío de los 90*. Cuadro A-3, p. 42.

IT = Ingreso del Trabajo. IBC = Ingresos Brutos del Capital. RNE = Remesas netas al exterior.

\*RNE: Pago neto a factores -6% y Efectos relación términos de intercambio -3%.

ción de los gastos en educación y salud es la que ha influido más directamente.

Esto se ilustra si observamos que Costa Rica, entre 1980 y 1984, redujo su gasto por persona en salud en un 58 por ciento, a precios constantes; República Dominicana, en un 50 por ciento; El Salvador, en un 23 por ciento y Chile en un 21 por ciento (FAO, 11, A.III, p. 65). Hacia 1985, de diecisiete países analizados, diez habían reducido el porcentaje del PIB dedicado a salud pública. La reducción más drástica se dio en Costa Rica, donde el gasto pasó del 1.6 al 0.5 por ciento del PIB, a precios corrientes, lo cual significa que, en términos reales, la reducción de este servicio fue aún más extrema.

En Centroamérica, hasta 1990, sólo Nicaragua y Panamá no habían recortado estos gastos. Aunque su monto en el total del gasto público es de por sí bajo, los actuales gobiernos hacen esfuerzos por disminuirlos aun más, debido a las exigencias de los organismos internacionales, que así lo exigen para otorgar nuevos créditos. Lo mismo suce-

de con Brasil, Chile y Perú, República Dominicana, México, Bolivia, Colombia, Ecuador y Uruguay, países que también han reducido drásticamente su gasto público en estos rubros importantes (CEPAL, 7, p. 53).

Ecuador, Costa Rica, República Dominicana, Bolivia, Chile y México son los que más han reducido su presupuesto de educación. Las disminuciones más drásticas se han dado en Ecuador y Costa Rica. Los efectos de este decremento en los gastos del Estado son de diferente magnitud, según el país. Pero si combinamos estas reducciones con la intensidad de la pobreza, estas medidas se vuelven especialmente graves en sociedades tan polarizadas en el ingreso y con una alta deficiencia en estos servicios.

En el corto plazo, la disminución de los ya deficientes servicios de salud es la que problemas más graves problemas puede aumentar, mientras que el recorte en los presupuestos de educación ayuda a perpetuar y ahondar la pobreza material y espiritual, y de creatividad de la población, en el

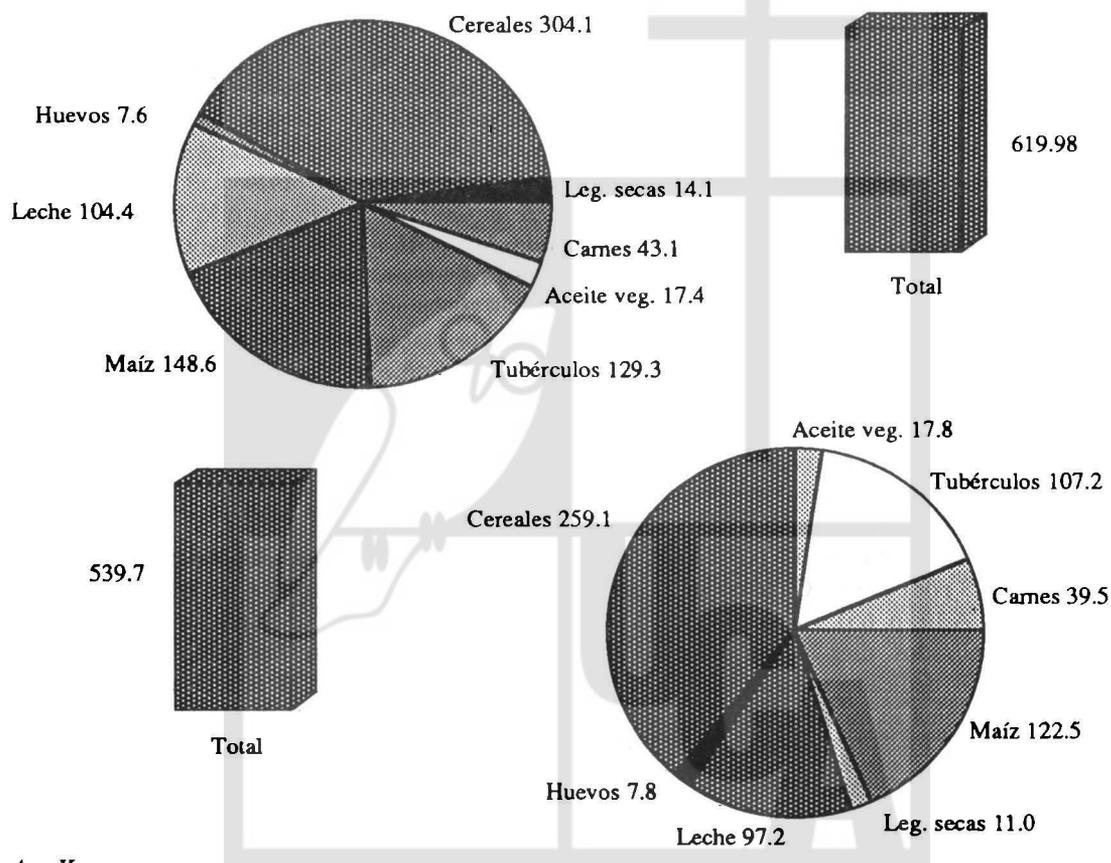
mediano y largo plazo.

### 2.3.5. La ayuda alimentaria

La profundización de la pobreza, que ha deteriorado las condiciones de vida y ha provocado una mayor deficiencia alimentaria en la mayoría de la población latinoamericana, también se expre-

sa en la disminución de la producción de alimentos por persona, con un volumen físico que apenas crece el 3 por ciento, entre 1979-1981 y 1989, mientras que las importaciones aumentaron solamente el 2 por ciento global, en el mismo período. Esto significa que per cápita éstas se redujeron en el 20 por ciento (ver el Gráfico 3).

**Gráfico 3**  
**Disponibilidad aparente de alimentos básicos por persona en América Latina**  
**(Kilogramo por persona)**



a/ en Kg. por persona

Fuente: FAO, *El estado mundial de la agricultura*. FAO. Roma. Italia. 1990. *Anuario de Comercio Exterior*. 1983-89.

Las importaciones de maíz disminuyeron de casi 9 a 5.8 millones de toneladas métricas, entre 1980 y 1989; mientras que la superficie dedicada a este cultivo se mantuvo virtualmente constante. En

cambio, la producción de frijol y tubérculos se incrementó el 10 por ciento, frente a un crecimiento de la población del 22 por ciento. La evolución de la oferta de productos básicos, la base principal

de la alimentación en la gran mayoría de los sectores pobres, significó la profundización de la inseguridad alimentaria (FAO, 16, 1990, p. 109-115).

Para puntualizar, mencionaremos el deterioro en la alimentación a partir del consumo de los cuatro granos básicos en uno de los países de la región con mayor desarrollo y riqueza agrícola, México, que presenta una creciente y preocupante dependencia alimentaria en la dieta básica: entre 1981 y 1988, el consumo per cápita de arroz pasó de 7.3 a 3 kilogramos; el del frijol, de 25.5 a 14.2 kilogramos (la principal fuente de proteínas de la población); el maíz, de 245.2 a 142.4 kilogramos y el trigo, de 60.5 a 49.3 kilogramos (Robledo, 26, p. 19).

A partir de todo lo dicho anteriormente, en América Latina se dan las condiciones para que los programas de ayuda alimentaria adquieran una importancia significativa en la década de los ochenta y a inicios de la presente. En 1980-1981, la región recibió 583.3 miles de toneladas métricas de cereales desde el exterior por concepto de estos programas; cifra que, en 1987, alcanzó los 2.4 millones de toneladas métricas, para luego reducirse a casi 2 millones, en 1990. En 1988, la ayuda no cerealera significó 324.5 miles de toneladas métricas, de las cuales el 21 y el 20 por ciento consistieron en aceite vegetal y leche en polvo respectivamente. En 1990, la ayuda no cerealera totalizó 204.8 miles de toneladas métricas (FAO, 17, p. 119-124).

Es importante destacar que la ayuda cerealera está constituida básicamente por trigo. En 1985-1986 y en 1988-1989, éste representó el 82 y el 63 por ciento de los cereales recibidos por este tipo de programas en toda América Latina. En 1988-1989, en los países centroamericanos, las importaciones de trigo por este concepto significaron el 84 por ciento de los cereales canalizados por los programas de ayuda alimentaria (FAO, 14, p. 20).

Con todo, la ayuda alimentaria tiende a decrecer por dos razones. La primera, es la reducción drástica de los inventarios de estos alimentos en los países desarrollados, los principales productores y a su vez los donantes más importantes (Estados Unidos y Comunidad Económica Europea).



En 1990, el inventario mundial de cereales fue de 299.1 millones de toneladas métricas, de las cuales solo los países desarrollados tenían 167.2 millones. En 1987, estos mismos inventarios significaron 455 millones de toneladas métricas a nivel mundial y 319.7 millones de toneladas métricas en los países desarrollados. La reducción del inventario mundial obedece a una política consciente de los países desarrollados, en virtud de la cual los precios de los rubros incluidos en la ayuda alimentaria tenderán a crecer en el mediano plazo. De esta forma, sus precios a nivel mundial se elevarán, sus exportaciones se volverán más rentables y los subsidios locales se reducirán.

En segundo lugar, los países que han requerido esta ayuda, en la medida en que comienzan a resolver sus problemas de balanza de pagos y de crecimiento económico, adquieren estos bienes en el mercado abierto pagando con divisas frescas, en lugar de préstamos preferenciales a mediano y lar-

go plazo (que es lo que realmente ofrecen los programas de ayuda alimentaria, en cuanto no son donaciones en sentido estricto).

Estos dos hechos apoyan la tesis que afirma la necesidad de buscar e implementar políticas de autosuficiencia alimentaria en los países latinoamericanos, puesto que la dependencia alimentaria disminuye la capacidad de recuperación de estas economías a largo plazo. En 1989, las importaciones de alimentos de América Latina significaron más de 7.6 miles de millones de dólares, valor que tenderá a incrementarse en la medida en que se desarticule la producción regional agroalimentaria, al someterla a una competencia desleal con los países desarrollados, productores de alimentos, y en la medida en que se tienda a sustituir la producción interna por importaciones. A esto conviene agregar los incrementos en la estructura de los precios internacionales de cereales y productos lácteos (leche, mantequilla, etc.), como consecuencia del manejo y de la manipulación de la oferta mundial apoyada en inventarios más bajos (Chibbaro, 8, p. 2).

### 2.3.6. Los sectores campesinos y la seguridad alimentaria

El sector campesino debe ser analizado desde dos ángulos: como el sector demandante de alimentos y como un sector productivo, que para satisfacer sus necesidades alimentarias trabaja la tierra y ofrece su propia fuerza de trabajo. En el primer caso, nos referimos a una parte de la sociedad que, en 1980, representaba a más de 60 millones de habitantes (CEPAL, 6, p. 5) y que actualmente puede significar cerca de 80 millones de personas (o sea, alrededor del 20 por ciento de la población total latinoamericana). En la región centroamericana, este porcentaje se eleva al 33 por ciento y en países como Guatemala sobrepasa el 50 por ciento de la población.

En los últimos años, se ha dado un creciente proceso de proletarianización. Los ingresos campesinos dependen más de la venta de su fuerza de trabajo que del trabajo en su parcela. Su situación se ha visto afectada fuertemente por la crisis de los ochenta, tanto por el lado de la reducción de sus ingresos (producto de un proceso de minifundi-

zación creciente de su parcela y de ningún mejoramiento en los ingresos, por el lado de los precios reales que recibe por los bienes producidos) como por el fuerte deterioro del salario mínimo rural y el aumento del desempleo y subempleo rural.

Como grupo social con derecho a alimentarse y a tener una seguridad alimentaria, representa un sector vital en cualquier estrategia de dicha seguridad. La única y mejor forma para que este sector, empobrecido de manera creciente, resuelva su problema alimentario, es permitiéndole y dándole las condiciones para que se convierta en un sector productivo y dinámico en el agro, en lugar que prosiga engrosando los cinturones de miseria de las zonas urbanas.

Como sector productivo, su importancia es bastante significativa en toda América Latina. A principios de los ochenta, representaba casi 8 millones de explotaciones y participaba con el 41 por ciento de la producción de alimentos y con el 32 por ciento de la agroexportación. En los rubros básicos de la alimentación, el maíz, frijol, arroz y papa, producía el 51, el 77, el 32 y el 61 por ciento respectivamente de la producción total. Por otro lado, poseía el 24 y el 78 por ciento de las existencias de ganado vacuno y porcino, respectivamente. Por lo anterior, es claro que este sector productivo es estratégico en cualquier política de seguridad y autosuficiencia alimentaria (CEPAL, 6, p. 10).

Cabe agregar que, como sector productivo, ha sido agredido con la implementación de la política de estabilización y ajuste estructural, ya que esta ha promovido de manera frontal que el Estado reduzca y privatice gran parte de los servicios que desde hace más de tres décadas, aunque sea de manera deficiente e insuficiente, les ofrecía (comercialización, asistencia técnica, insumos, crédito, etc.). El crédito se ha vuelto más escaso de lo que ya era y la liberalización del comercio exterior, complemento de las importaciones provenientes de los programas de ayuda alimentaria, han provocado un proceso de deterioro de sus ya menguados ingresos y de sustitución de su producción por la importada.

La situación más preocupante es la sustitución creciente que ha tenido el cultivo del maíz, prime-

ro por la introducción del sorgo forrajero y la soya desde los años sesenta, y después, por las crecientes importaciones de trigo. En 1980, estas últimas significaron 12.1 millones de toneladas métricas y 12.3 millones, en 1984. A partir de este año empezaron a disminuir, llegando en 1988 a los 8.9 millones de toneladas métricas. Las áreas dedicadas a maíz se han mantenido virtualmente estancadas desde 1970, alrededor de 25.8 millones de hectáreas aunque, en términos relativos, ha habido una disminución de las áreas cultivadas entre 1961-1985. Las compras de maíz de toda América Latina ascendieron a una tasa anual del 11.7 por ciento en ese período y su participación en el total de la importación de granos se elevó del 7 por ciento, entre 1961 y 1965, al 44 por ciento, entre 1982 y 1985 (Barkin, 4, p. 12). Hay que agregar que los programas de ayuda alimentaria han estado centrados, además del trigo, en las importaciones de este grano.

En los países que no son productores de trigo, esta sustitución ha sido aún más grave, ya que éste compite directamente con el maíz y "agrede" a los campesinos y a los indígenas que, en los casos de Guatemala, Honduras y El Salvador, representan un sector muy importante de la sociedad en su conjunto, con casi 1.4 millones de pequeñas propiedades. En Brasil, México y Colombia, entre 1970 y 1980, las pequeñas propiedades campesinas e indígenas significaban alrededor de 4.4 millones de pequeñas unidades, de las cuales Brasil poseía casi el 60 por ciento, en 1980.

Para el caso de Centroamérica se hicieron estimaciones de los efectos negativos que en 1987 habrían provocado las importaciones de alimentos, por medio de los programas de ayuda alimentaria, al sustituir éstas parte de la producción campesina, ya que estos rubros importados también son producidos en la región. En ese año se importaron 997 mil toneladas métricas de alimentos, distribuidas de la siguiente manera: trigo (608), maíz (197), arroz (91), frijol (27), leche (37) y aceite (62). Se calculó cuánto significarían estas importaciones para los sectores campesinos: 63.5 millones de jornales, 130.8 millones de dólares en concepto de salarios, casi 200 millones de dólares de ingreso por sustitución de su producción, un millón de

hectáreas que pudieron haberse dedicado a esta producción y 33 mil vacas en ordeño por 365 días (Arias, 1, p. 105-107).

En las condiciones de creciente deterioro del sector campesino, estas cifras son significativas y admiten una lectura complementaria en el sentido de que si los programas de ayuda alimentaria, en lugar de importar los alimentos, invirtieran en la producción de los países receptores, podrían haber generado un impacto más positivo por medio del empleo, los salarios, la producción, etc.

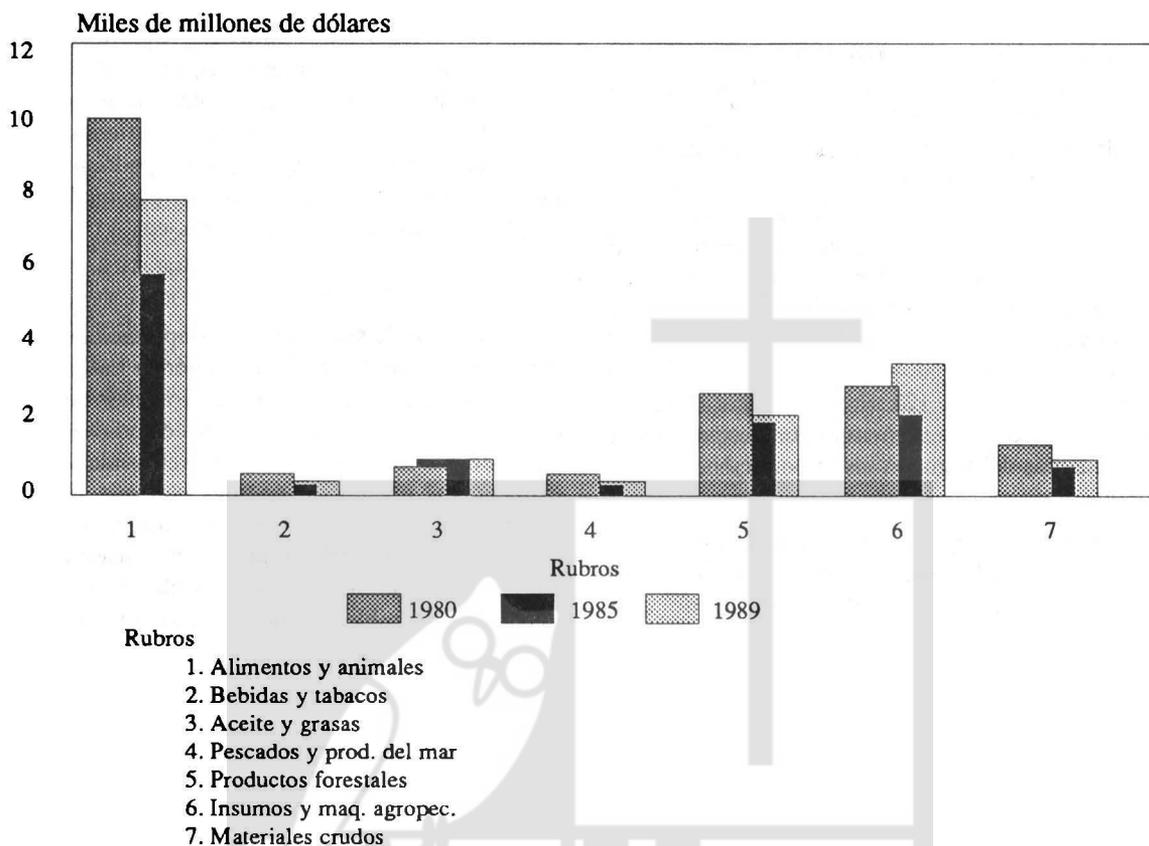
### 3. Resumen y conclusión

El modelo de sustitución de importaciones que define el tipo de desarrollo de América Latina desde la postguerra hasta finales de los años setenta, como lo han demostrado múltiples estudios, se caracterizó por ser profundamente excluyente. Así se explican los niveles de pobreza con que finaliza esa década. Esta pobreza se expresaba, entre otros fenómenos, por una situación de inseguridad alimentaria en la mayoría de la población del continente, con problemas de desnutrición, anemia, desempleo, etc. No obstante, según algunos trabajos importantes de PREALC y CEPAL, era evidente una tendencia, aunque no muy significativa, hacia una disminución de los grados de pobreza.

Ya en la década de los ochenta, ante la profunda crisis de la región, que se expresaba en los alarmantes niveles de endeudamiento y dificultades financieras, aunados a los tradicionales problemas estructurales y sociales ya mencionados, se inicia una transformación en los planteamientos que definen la estrategia y la política económica del desarrollo a partir de principios que enfatizan la eficiencia, la competencia, la liberalización, la privatización y la profundización de la oferta para la exportación. A principios de los noventa, el balance es una ampliación de los grados de pobreza y una profundización de la misma, es decir, los que ya eran pobres se volvieron más pobres aún a diferencia de una creciente concentración del ingreso y del capital.

Lo anterior ha tenido como resultado un deterioro de la producción por habitante, de los ingresos del sector asalariado y de la micro y pequeña

**Gráfico 4**  
**Importaciones de los principales rubros del sector primario de América Latina**  
**Años 1980, 1985 y 1989**



Fuente: FAO, *Anuario de Comercio Exterior*. Roma, Italia, 1989.

unidad de producción rural y urbana, una ampliación y profundización del problema del empleo y la reducción de los ya limitados servicios del sector público. Simultáneamente, ha significado una menor disponibilidad de alimentos en la región y, por lo tanto, mayores grados de inseguridad alimentaria, así como una mayor dependencia de los programas de ayuda alimentaria, aun en los países más ricos y exportadores de alimentos —y algunos de petróleo— como Argentina, Brasil, México, Colombia, Chile, etc. De los trabajos analizados, podemos decir que Cuba es el único país que presenta el crecimiento acumulado más alto en el PIB per cápita, el 31.6 por ciento, entre 1981 y 1990, y los menores problemas de inseguridad

alimentaria y en general de pobreza y situación social (FAO, 10 y 16 y SELA, 24), pese a la difícil situación y al estancamiento de su economía.

Como se ha evidenciado, a la par que se reduce el ingreso que reciben los asalariados y la micro y pequeña empresa, los sectores del capital mantienen su participación en la distribución del PIB, mientras las transferencias netas al exterior crecen (por pago de deuda, transferencia de utilidades del capital transnacional y deterioro de los términos de intercambio), las cuales claramente han salido del fondo de salarios.

Los países "exitosos" en sus políticas económicas neoliberales, según las nuevas normas de

medición del "progreso" económico —crecimiento, manejo de la inflación, reducción del déficit fiscal, liberalización del comercio internacional y del mercado de divisas, etc.— han agravado simultáneamente su situación de pobreza y desempleo y, por lo tanto, se ha ampliado el sector cuyo deterioro en sus condiciones de vida no le permite consumir los requerimientos mínimos alimentarios para una reproducción física sana.

Aun en el marco de los grandes balances macroeconómicos, los resultados son de dudosa credibilidad. En los últimos tres años, países como México, Costa Rica y Chile, según estadísticas, presentan un crecimiento en su déficit de la cuenta corriente. Aunque algunos de ellos, como México y Costa Rica, han reducido su deuda, esto no puede interpretarse como un éxito económico, sino como la recompensa de los poderosos, al haber pagado, en la última década, cantidades sustanciales de dinero por deuda e implementado "disciplinadamente" las políticas de liberalización económica y de privatización.

Sin duda alguna, la estructura agroalimentaria de América Latina se ha deteriorado en forma importante y, lo que es más preocupante todavía, las perspectivas son de una profundización creciente de los problemas del hambre. Esto por el peso que, como sector demandante y productor de alimentos, tienen los campesinos y por la creciente ampliación del llamado sector informal, constituido en su inmensa mayoría por los desempleados urbanos, que aumentan con la crisis de la industria y los servicios, la reducción del empleo público y la migración campo ciudad.

Se puede concluir que las políticas aplicadas durante la década de los ochenta han agravado el problema de la pobreza e indigencia en América Latina y han afectado negativamente la capacidad de producción de alimentos del continente. El problema de la deuda, según el BID, a finales de esta década será igual o mayor que a principios de los años ochenta, en el supuesto que se siga una política de rápido crecimiento. En contraste con esto, según la FAO, en el año 2000, la población subnutrida sobrepasará los 62 millones de latinoamericanos<sup>6</sup>.

La pregunta final es si hay una alternativa diferente para la región. Si se aglutinaran los esfuerzos y se recorrieran caminos propios habría una alternativa, a partir de los siguiente elementos. En primer lugar, América Latina tiene recursos humanos, fuerza de trabajo, profesional y productores. Si a la mayoría de éstos, actualmente bloqueados estructural y funcionalmente para convertirse en sectores dinámicos en el aparato productivo, se incorporara a la economía de mercado como productor y consumidor, estaríamos hablando de un acervo de recursos humanos mayor que el de Estados Unidos o Europa.

En segundo lugar, el continente y el Caribe tienen los suficientes recursos naturales renovables y no renovables que se requieren para el desarrollo, además de contar con la diversidad genética más rica del mundo contemporáneo (FAO, 11, A.IV, p. 84-95), capital que hasta ahora no se ha explotado como un elemento central del desarrollo. El potencial de tierras arables, incluidos todos los tipos de tierras cultivables, se estima en 890 millones de hectáreas, de las cuales actualmente sólo se aprovecha el 22 por ciento. Si a esto agregamos una política de uso racional del suelo, las potencialidades de producción son inmensas. Sólo seis países (El Salvador, Argentina, Chile, Cuba y República Dominicana) utilizan más del 50 por ciento de su potencial estimado (FAO, 11, A.IV, p. 27-32).

Las reservas de tierra con potencial de riego de la región son muy grandes, 32 millones de hectáreas. Este potencial, adicionado al de las tierras cultivables, y un reordenamiento del uso actual del suelo harían posible que América Latina tuviera las bases materiales, con los mismos recursos humanos y tecnológicos hoy disponibles, para producir todos los alimentos que requiere la región, en condiciones de seguridad y autosuficiencia alimentaria, y además, tendría la posibilidad de ser un exportador neto. La FAO estima que, de acuerdo a las proyecciones de demanda, en el año 2000, América Latina y el Caribe requerirán casi 160 millones de toneladas métricas de granos, o sea, un 65 por ciento más que la producción de 1989.

Resolver el problema alimentario de América Latina pasa por solucionar la pobreza y, por lo

tanto, por la transformación del modelo económico de sustitución de las importaciones y abandonar el neoliberalismo imperante. Ahondando la visión que propusimos en la primera parte de este artículo, es necesario buscar acciones que lleven a la transformación del sector productivo, convirtiendo el minifundio y el latifundio en una estructura productiva dinámica, con capacidad para generar excedentes y acumular, dentro de una estructura institucional de tenencia, sustentada en la organización de los productores, e implementar políticas adecuadas para la distribución del ingreso y facilitar la inversión en la micro, pequeña y mediana empresa.

Es urgente definir e implementar una *estrategia agroalimentaria* a nivel regional, subregional y por país, la cual debe buscar la diversificación de la producción no sólo a nivel primario —agropecuario—, sino también y principalmente a partir de la industrialización de la agricultura. Esta industrialización debe crear una estructura polivalente que permita, a partir del mercado regional, subregional y nacional, competir en el mercado internacional, en el marco de unas ventajas comparativas dinámicas.

América Latina ha sido un mercado que importó 18,265 millones de dólares, en 1985, en productos agrícolas, insumos y maquinarias. Aún en la crisis, estas importaciones alcanzaron en 1989, 14,646 millones. Así, es claro que en la región existe un mercado real que perfectamente puede servir de base para impulsar el desarrollo de un sistema agroalimentario, sustentado en los mercados nacional y regional, que genere un proceso de sustitución de importaciones, a partir de la producción e industrialización de bienes agrícolas y que, en este marco, tenga capacidad para iniciar una estrategia de exportaciones diversificadas agroindustriales.

Es necesario crear una estrategia de *integración económica y de mercado a nivel de América Latina y el Caribe*, apoyada en subregiones, y enfrentar —como bloque— la nueva economía de bloques, con los mecanismos de protección necesarios generados por unas relaciones *simétricas* con las economías de los países desarrollados. Asimismo, ante la nueva revolución tecnológica

del mundo desarrollado, hay que definir e implementar una estrategia de desarrollo científico tecnológico, dentro de una red latinoamericana de ciencia y tecnología, destacándose de manera prioritaria el desarrollo biotecnológico para la agricultura y su industrialización.

La política macroeconómica puede ser instrumentalizada para buscar una coherencia entre el sector real —productivo—, el sector monetario-financiero de la economía y el sector externo. La política económica y el desarrollo de la región deben darse en el marco de una planificación estratégica, en donde el Estado, además de definir las reglas básicas del funcionamiento del mercado, participe en sectores estratégicos de la economía, en coherencia con las realidades estructurales y sociales de la región, así como en consonancia con la organización de la economía en los países desarrollados, y permita el desarrollo de estructuras productivas competitivas en un proceso de democratización económica.

#### Bibliografía

1. Arias, Salvador. *Seguridad o inseguridad alimentaria*, El Salvador: UCA Editores, 1989, 184 pp.
2. Arroyo, Gonzalo, et al., *Agricultura y alimentos en América Latina, el poder de las transnacionales*, México: UNAM-ICI, 1985.
3. ATLAS. *La puissance économique*, París: Ed. Hachette, 1990.
4. David Barkin, Rosemary Batt y Billie Dewalt. "La sustitución de granos en la producción: el caso de América Latina." en *Revista de Comercio Exterior*, vol. 41, Num 1, México, enero de 1991, pp 9-23.
5. CEPAL. *Transformación productiva con equidad*, Santiago de Chile: CEPAL, LC/G.1601-P, marzo de 1990, 184 pp.
6. CEPAL. *La agricultura campesina en sus relaciones con la industria*, Santiago de Chile: Estudios e informes de la CEPAL, N° 33, 1984, 120 pp.
7. CEPAL. *Anuario de la CEPAL*, 1989 y 1990, Santiago de Chile, 1988 y 1989.
8. Chibbaro, Arnaldo. *Comercio internacional de productos agrícolas y negociaciones comerciales multilaterales en la ronda de Uruguay del GATT*, Santiago de Chile: CEPAL, enero 1989, 172 pp.
9. Fajnzylber, Fernando. *Industrialización en América Latina: de la "caja negra" al "casillero vacío"*, Santiago de Chile: Cuadernos de la CEPAL, N° 60,

- 1990, 176 pp.
10. FAO. *Anuario de Comercio Exterior*, 1983 y 1990, Roma: FAO, 1984 y 1991.
  11. FAO. *Potencialidades del desarrollo agrícola y rural en América Latina: plan de acción. Informe principal. Anexos, I Desarrollo económico y social, II Pobreza rural, III Sistema alimentarios y seguridad alimentaria, IV Recursos naturales y medio ambiente, V Subsectores productivos: agrícola, ganadero, pesquero y forestal*. Roma: FAO, 1988.
  12. FAO. *Efectos de los programas de estabilización y ajuste estructural en la seguridad alimentaria*. FAO, Desarrollo económico y social, N° 89, Roma, 1990.
  13. FAO. *La malnutrición en América Latina y el Caribe*. FAO: XXI Conferencia regional, Santiago de Chile, 1990, 31 pp.
  14. FAO. *La ayuda alimentaria en cifras*. Vol. 8/1, Roma, 1990.
  15. FAO. *Ayuda alimentaria para el desarrollo*. (Tres estudios de Gerda Blau, Mordecai Ezekiel y B. R. Sen). FAO: Desarrollo económico y social, N° 34, Roma, 1985.
  16. FAO. *El Estado mundial de la agricultura y la alimentación, 1990* (Análisis mundial y por regiones, el ajuste estructural y la agricultura) y *1987-88* (Análisis mundial, análisis por regiones, cambios en las prioridades de la ciencia agrícola y la tecnología en los países en desarrollo), Roma, 1989 y 1991.
  17. FAO-Programa Mundial de Alimentos, *La ayuda alimentaria 1991*. Roma, 1991, p. 68-71.
  18. García Elizalde, Pedro. *Los mercados de insumos tecnológicos y su adecuación a las economías campesinas*. CEPAL: Estudios e informes de la CEPAL, N° 33, Santiago de Chile, 1984.
  19. Green H., Raúl. "El comercio agroalimentario mundial y las estrategias de las transnacionales", en *Revista de Comercio Exterior*, 1989, 8: 663-673.
  20. Herrera A. "Tecnología científica y tradicional en los países en desarrollo", en *Revista de Comercio Exterior*, 1978, 12: 1465.
  21. Ibarra, Alejandro y Ortiz A., Sergio. "Reservas, seguridad alimentaria y poder alimentario", en *Revista de Comercio Exterior*, 1991, 41: 3-8.
  22. PREALC. *Cambio y polarización ocupacional en Centroamérica*. Costa Rica: EDUCA, 1986.
  23. PREALC. *Empleo y equidad: el desafío de los 90*. PREALC, 1991, 98 pp.
  24. SELA. *Desarrollo industrial y cambio tecnológico*. Venezuela: SELA-Editorial Nueva Sociedad, 1991, 223 p.
  25. Susan, Sontag. *¿Cómo muere la otra mitad del mundo?* México: Siglo XXI.
  26. Robledo, Elisa. "41 millones de mexicanos depauperados", en *Revista Epoca*, 1991, 13: pp. 18 y 19.
  27. Rosenthal, Gert. "Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe, 1990", en *Revista de Comercio Exterior*, 1991, 3: 281-303.

#### Notas

1. En sentido estricto, la revolución verde se inició en México en 1943, con la creación del CIMMYT, un instituto dedicado a la investigación de semillas mejoradas de maíz y trigo de alto rendimiento. Entre 1944 y 1967, la producción mexicana de trigo se triplicó y la de maíz se duplicó (Sontang, 25).
2. Para estimar la proporción de la población con probable desnutrición, se tomó como punto de quiebre o línea de desnutrición un nivel equivalente a 1.4 veces la Tasa de Metabolismo Basal (TMB). FAO, 11, A.III, p. 51-52).
3. "Las clases media y alta consumen una dieta constantemente enriquecida, mientras que la desnutrición y la malnutrición predominan en las comunidades agrícolas pobres y los barrios marginales urbanos del tercer mundo... El desplazamiento del maíz por el sorgo, arroz y trigo representa un cambio en los alimentos producidos y consumidos por los agricultores en pequeña escala y por los consumidores de bajos ingresos en favor de los mercados de ingresos medios y altos" (Barkin, 4, p. 9).
4. "El efecto combinado de la contracción en las importaciones con el incremento, a toda costa, del volumen exportador es demoledor, tanto sobre la producción como sobre el consumo de la región" (Chibbaro, 8, p. 5).
5. Para la población indigente y urbana se tomó el porcentaje de hogares y se aplicó a la población total de 1980 y 1990. Se considera que esto subestima la población indigente y urbana pobre, dado que el porcentaje de personas es mayor que el de hogares, como lo demuestra el caso de la pobreza en ese mismo estudio (PREAL, 22, p. 38 y 43, cuadros 8 y A.5.).
6. Organismos internacionales como Naciones Unidas y el BID empiezan a reconocer el gran rezago y la deuda social en la mayoría de los países latinoamericanos. Ver Banco Mundial, *La pobreza, informe sobre el desarrollo mundial, 1990* y Naciones Unidas.